

RESPONSO A VERLAINE

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador;
panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,
al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
de amor si pasa por allí;
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
que de sangrientas rosas el fresco Abril te adorne
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
 ahuyenten la negrura del pájaro protervo,
 el dulce canto del cristal.

Que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
 o la armonía dulce de risas y de besos,
 de culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
 que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
 sino rocío, vino, miel.

Que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
 y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
 bajo un simbólico laurel.

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
 en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
 tu nombre ponga en la canción;
 y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,
 con ansias y temores entre las linfas luce,
 llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
 de las visiones, pase gigante sombra extraña,
 sombra de un sátiro espectral;
 que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
 de una extra-humana flauta la melodía ajuste
 a la armonía sideral.

Y huya el tropel equino para la montaña vasta;
 tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
 de compasiva y blanca luz;
 y el sátiro contemple sobre un lejano monte,
 una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
 y un resplandor sobre la cruz!

CANTO DE LA SANGRE

Sangre de Abel. Clarín de las batallas.
Luchas fraternales; estruendos, horrores;
flotan las banderas, hieren las metralas,
y visten la púrpura los Emperadores.

Sangre del Cristo. El órgano sonoro.
La viña celeste da el celeste vino;
y en el labio sacro del cáliz de oro
las almas se abrevan del vino divino.

Sangre de los martirios. El salterio.
Hogueras, leones, palmas vencedoras;
los heraldos rojos con que del misterio
vienen precedidas las grandes auroras.

Sangre que vierte el cazador. El cuerno.
Furias escarlatas y rojos destinos
forjan en las fraguas del obscuro Infierno
las fatales armas de los asesinos.

Oh sangre de las vírgenes! La lira.
Encanto de abejas y de mariposas...
La estrella de Venus desde el cielo mira
el purpúreo triunfo de las reinas rosas.

Sangre que la Ley vierte.
Tambor a la sordina.
Brotan las adelfas que riega la Muerte
y el rojo cometa que anuncia la ruina.

Sangre de los suicidas. Organillo.
Fanfarrias macabras, responsos corales,
con que de Saturno celébrase el brillo
en los manicomios y en los hospitales.

PALIMPSEXTO

Escrita en viejo dialecto eolio
hallé esta página dentro un infolio
y entre los libros de un monasterio
del venerable San Agustín.

Un fraile acaso puso el escolio
que allí se encuentra; domine serio,
de flacas manos y buen latín.

Hay sus lagunas.

Cuando los toros
de las campañas, bajo los oros
que vierte el hijo de Hiperión,

pasan mugiendo, y en las eternas
bocas salvajes de las cavernas
esperezándose ruge el león;

cuando en las vírgenes y verdes parras
sus secas notas dan las cigarras,
y en los panales de Himeto deja
su rubia carga la leve abeja
que en bocas rojas chupa la miel,
junto a los mirtos, bajo los lauros,
en grupo lírico van los centauros
con la armonía de su tropel.

Uno las patas ritmicas mueve,
otro alza el cuello con gallardía,
como en hermoso bajorrelieve
que a golpes mágicos Scopas haría;
otro alza al aire las manos blancas,
mientras le dora las finas ancas

con baño cálido la luz del sol;
y otro saltando piedras y troncos,
va dando alegre sus gritos roncocos
como el ruido de un caracol.

Silencio. Señas hace ligero
el que en la tropa va delantero;
porque a un recodo de la campaña
llegan en donde Diana se baña.

Se oye el ruido de claras linfas,
y la algazara que hacen las ninfas.
Risa de plata que el aire riega
hasta sus ávidos oídos llega;
golpes en la onda, palabras locas,
gritos joviales de frescas bocas,
y los ladridos de la trailla
que Diana tiene junto a la orilla
del fresco río, donde está ella
blanca y desnuda como una estrella.

Tanta blancura que al cisne injuria
 abre los ojos de la lujuria:
 sobre las márgenes y rocas áridas
 vuela el enjambre de las cantáridas
 con su bruñido verde metálico,
 siempre propicias al culto fálico.

Amplias caderas, pie fino y breve;
 las dos colinas de rosa y nieve...
 Cuadro soberbio de tentación!
 ¡Ay del cuitado que a ver se atreve
 lo que fué espanto para Acteón!

Cabellos rubios, mejillas tiernas,
 marmóreos cuellos, rosadas piernas,
 gracias ocultas del lindo coro,
 en el herido cristal sonoro;
 seno en que hiciérase sagrada copa;
 tal ve en silencio la ardiente tropa.

¿Quién adelanta su firme busto?
 ¿Quirón experto? ¿Folo robusto?
 Es el más joven y es el más bello;
 su piel es blanca, crespo el cabello,
 los cascos finos, y en la mirada
 brilla del sátiro la llamarada.

En un instante, veloz y listo,
 a una tan bella como Calisto,
 ninfa que a la alta diosa acompaña,
 saca de la onda donde se baña:
 la grupa vuelve, raudo galopa;
 tal iba el toro raptor de Europa
 con el orgullo de su conquista!

¿A dó va Diana? Viva la vista,
 la planta alada, la cabellera
 mojada y suelta; terrible, fiera,
 corre del monte por la extensión;
 ladran sus perros enfurecidos;

entre sus dedos humedecidos
 lleva una flecha para el ladrón.

Ya a los centauros a ver alcanza
 la cazadora; ya el dardo lanza,
 y un grito se oye de hondo dolor:
 La casta diva de la venganza
 mató al raptor...
 La tropa rápida se esparce huyendo,
 forman los cascos sonoro estruendo.
 Llegan las ninfas. Lloran. ¿Qué ven?
 En la carrera la cazadora
 con su saeta castigadora
 a la robada mató también!

EL REINO INTERIOR

... WITH PSYCHIS, MY SOUL!

POE.

Una selva suntuosa
 en el azul celeste su rudo perfil calca.
 Un camino. La tierra es de color de rosa,
 cual la que pinta fra Doménico Cavalca
 en sus vidas de santos. Se ven extrañas flores
 de la flora gloriosa de los cuentos azules,
 y entre las ramas encantadas, papemores
 cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
 (Papemor: ave rara. Bulbules: ruiseñores.)

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña,
y ella exclama: —¡Oh, fragante día! ¡Oh, sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
que el corazón sagrado de la tierra se mueve
con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.

Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!—
Y las manos liliales agita, como infanta
real en los balcones del palacio paterno.

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelanta
el paso leve una adorable teoría
virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
a siete blancas rosas de gracia y de armonía
que el alba constelara de perlas y diamantes.
¡Alabastros celestiales habitados por astros:
Dios se refleja en esos dulces alabastros!

Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
Van descalzas. Se mira que posan el pie breve
sobre el rosado suelo como una flor de nieve,
y los cuellos se inclinan, imperiales, en una
manera que lo excelso pregona de su origen.
Como al compás de un verso su suave paso rigen.
Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,
esos graciosos gestos en esas líneas puras.

Como a un velado son de liras y laudes,
divinamente blancas y castas pasan esas
siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
son las Siete Virtudes.

Al lado izquierdo del camino, y paralela-
mente, siete mancebos—oro, seda, escarlata,
armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos
a los satanes verlenianos de Ecbatana,
vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
de efebos criminales, son cual rosas sangrientas;

sus puñales, de piedras preciosas revestidos
 —ojos de víboras, de luces fascinantes—,
 al cinto penden; arden las púrpuras violentas
 en los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
 oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
 son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
 y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes
 relucen, como gemas, las uñas de oro fino.

Bellamente infernales,
 llenan el aire de hechiceros beneficios
 esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
 los siete poderosos Pecados capitales.

Y los siete mancebos, a las siete doncellas,
 lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones
 de sus liras melíferas arrancan vagos sonos.
 Las princesas prosiguen, adorables visiones
 en su blancura de palomas y de estrellas.

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
 Y el alma mía queda pensativa a su paso.
 —¿Oh, qué hay en ti, alma mía?
 ¡Oh, qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa!
 Acaso piensas en la blanca teoría?
 Acaso los brillantes mancebos te atraen, mariposa?

Ella no me responde.

Pensativa se aleja de la obscura ventana
 —pensativa y risueña,
 de la bella durmiente del bosque tierna hermana—,
 y se adormece en donde
 hace treinta años sueña.

Y en sueño dice: —¡Oh dulces delicias de los cielos!
 ¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
 —¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
 —¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!—

COSAS DEL CID

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca descansando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la Primavera, y el vuelo de la vida

abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—¡Oh Cid, una limosna!—dice el precito.

—Hermano

te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!—
Dice el Cid; y, quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid, siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.

Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.

Una niña que fuera un hada, o que surgiera
Encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: Alma de amor y fuego,
 por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
 esta rosa naciente y este fresco laurel.

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
 en su guante de hierro hay una flor naciente,
 y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

LA ESPIGA

Mira el signo sutil que los dedos del viento
 hacen al agitar el tallo que se inclina
 y se alza en una rítmica virtud de movimiento.
 Con el áureo pincel de la flor de la harina

trazan sobre la tela azul del firmamento
 el misterio inmortal de la tierra divina
 y el alma de las cosas que da su sacramento
 en una interminable frescura matutina.

Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.
De las floridas urnas místico incienso aroma
el vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa;

aún verde está y cubierto de flores el madero,
bajo sus ramas llenas de amor paca el cordero
y en la espiga de oro y luz duerme la misa.

PALABRAS DE SATIRESA

Un día oí una risa bajo la fronda espesa,
vi brotar de lo verde dos manzanas lozanas;
erectos senos eran las lozanas manzanas
del busto que bruñía de sol la Satiresa:

Era una Satiresa de mis fiestas paganas,
que hace brotar clavel o rosa cuando besa;
y furiosa y riente y que abraza y que mesa
con los labios manchados por las moras tempranas.

—Tú que fuiste, me dijo, un antiguo argonauta,
 alma que el sol sonrosa y que la mar zafira,
 sabe que está el secreto de todo ritmo y pauta

en unir carne y alma a la esfera que gira,
 y amando a Pan y Apolo en la lira y la flauta,
 ser en la flauta Pan, como Apolo en la lira.—

PALABRAS DE SATIRISSA

LA ANCIANA

Pues la anciana me dijo: —Mira esta rosa seca
 que encantó el aparato de su estación un día:
 el tiempo que los muros altísimos derrueca
 no privará este libro de su sabiduría.

En esos secos pétalos hay más filosofía
 que la que darte pueda tu sabia biblioteca;
 ella en mis labios pone la mágica armonía
 con que en mi torno encarno los sueños de mi rueca.—

—Sois un hada—le dije—. —Soy un hada—me dijo—,
y de la Primavera celebro el regocijo,
dándoles vida y vuelo a estas hojas de rosa—.

Y transformóse en una princesa perfumada,
y en el aire sutil de los dedos del hada,
voló la rosa seca como una mariposa.

LA HOJA DE ORO

En el verde laurel que decora la frente
que besaron los sueños y pulieron las horas;
una hoja suscita, como la luz naciente
en que entreabren sus ojos de fuego las auroras;

o las solares pompas, o los fastos de Oriente,
preseas bizantinas, diademas de Theodoras,
o la lejana Cólquida que el soñador presiente,
y adonde los Jasones dirigirán las proras.

Hoja de oro rojo, mayor es tu valía,
 pues para tus colores imperiales evocas
 con el triunfo de Otoño y la sangre del día,

el marfil de las frentes, la brasa de las bocas,
 y la antumbral tristeza de las vírgenes locas
 por la Lujuria, madre de la Melancolía!

FIN

Indice.